

*Bajo la brisa perenne de tu
sonrisa de lluvia y mar*

DIÁLOGO ABIERTO CON EL
ESPÍRITU INTERIOR

Ángel F. Sánchez Escobar

Semíramis 2012

© Ángel F. Sánchez Escobar
Titulo: *Diálogo abierto con el Espíritu interior*
Semiramis Publicaciones, 2009 (Sevilla, España)
ISBN: 978-1475243413

A mi madre, desde el recuerdo más vivo de su cariño y la gran certeza de que volveré a verla.

ÍNDICE

UNAS PALABRAS INICIALES DEL AUTOR	7
BIOGRAFÍA	12
Hoy he querido llevarte	14
Aquí medimos los días por horas	16
Si pudiera traspasar esta noche	18
En este silencio racheado de otoño	20
Abriga mi finitud con tu infinitud divina	22
Cuando pienso en Ti	23
Te siento en lo más profundo de mí	24
Mi alma se bambolea con tu brisa	25
En el marmagnum de mi espíritu	26
Amanece tranquilo	27
Resplandéceme en esta hora baja	28
Lloviznea en el mar de enero	30
Resucita conmigo	31
Llueve esta mañana extraña de paz y desasosiego	32
Abrigando tu imagen	33
Que el sol bajo, madrugador	34
Si te vas, cuando yo duerma	35
Si no me conocieras	37
Aquel día mi alma se estremeció	38
Es tan pobre el lenguaje humano	39

Hoy no puedo pensar en ti 40
Cuando te pienso y te siento 41
Hazme llegar todo el dolor del mundo 42
A medida que mi alma 44
Como las incansables gaviotas 45
Cuando despierte en las lejanas arenas 46
De madrugada, 48

UNAS PALABRAS INICIALES DEL AUTOR

Con toda humildad —y no sin cierto pudor— presento este libro de prosa poética. El libro es la expresión sincera de una búsqueda eterna, la de mi unión con el Espíritu Interior —el don gratuito y amoroso del Padre—. En él se describe un sentimiento que brota de mi alma y de mi mente, y que se hace brisa, mar, duna, sonrisa, marea, lluvia, para sobrepasar los límites del lenguaje humano e intentar trazar un puente invisible entre lo humano y divino, entre la finitud y la infinitud,

Abriga mi finitud con tu infinitud divina, efunde sobre mí el recuerdo de tu eternidad pasada y futura, que yo te daré mi poesía, el recuerdo siempre presente, la finitud más infinita de mi vida.

Hoy necesito de ti, que tu mente se haga infinitamente humana para que puedas comprender cómo me siento. Te prometo que la mía se hará finitamente divina para saber cómo te sientes.

El libro es un diálogo entre dos soledades, que intentan hacerse una, acompañada,

Sólo mis deseos de serena perfección
pueden desviar la soledad compartida
contigo, espíritu amigo, amigo espíritu que
sabes modelar mi pequeña alma con la
caricia cada vez más humana –y más
divina– de tus dedos de viento

y entre dos silencios, el mío y el suyo; el mío se
hace palabra,

En estos silencios de alma –aún finita–
sobrecogida por ausencias, nostálgicamente
apartada, escucho, con la tenue palidez de
la tarde que se desvanece, un susurro a mis
oídos materiales, una brisa hecha círculo,
una respiración cósmica...

Así me encuentro yo a veces, amasando
lluvia de estrellas silenciosas, esperando la
vuelta a casa...

pero el suyo se convierte a veces en susurros del
viento, a veces en playa inmensa,

Así deseo encontrarme yo para dejarme
guiar por ti sobre estos pinos perennes, que
miran a la inmensa playa de tu silencio.

Quizás algunas personas creen que estos textos poéticos no sean otra cosa que una conversación con mi subconsciente, pero eso no es así; el Espíritu de Dios es una realidad, no un alter ego u otro yo, es otra persona diferente, que habita más allá de la consciencia humana y a la que se llega cuando se alcanza el estado de adoración perfecto –pocas veces en este mundo – cuando se busca con denuedo, al hacer la voluntad del Padre, la divinización del alma y la mente. En la Biblia se hace referencia a este Espíritu que vive en el hombre:

“Pondré mi espíritu en vosotros y viviréis, y os estableceré en vuestra tierra. Y sabréis que yo, Jehová, lo dije y lo hice, dice Jehová”. (Ezequiel, 37,14)

“Lámpara de Jehová es el espíritu del hombre, la cual escudriña lo más profundo del corazón.” (Proverbios 20, 27)

¿No crees que yo soy en el Padre y el Padre en mí? Las palabras que yo os hablo, no las hablo por mi propia cuenta, sino que el Padre, que vive en mí, él hace las obras. (Juan 14,10)

“En esto conocemos que permanecemos en él y él en nosotros, en que nos ha dado de su Espíritu.” (1 Juan 4,13)

“Pues no sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre que habla en vosotros.” (Mateo 10, 20).

“Y oí una gran voz del cielo, que decía: “El tabernáculo de Dios está ahora con los hombres. Él morará con ellos, ellos serán su pueblo y Dios mismo estará con ellos como su Dios. Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá más muerte, ni habrá más llanto ni clamor ni dolor, porque las primeras cosas ya pasaron”. (Apocalipsis 21, 3)

Preguntado por los fariseos cuándo había de venir el reino de Dios, les respondió y dijo: —El reino de Dios no vendrá con advertencia, ni dirán: “Helo aquí”, o “Helo allí”, porque el reino de Dios está entre vosotros. (Lucas 17, 20-21).

Hay un gran místico ruso del siglo fray Serafín de Sarov (1759-1833), que nos habla de esa posesión y del silencio:

“Para el descenso del Espíritu, dirá Serafín de Sarov, conviene estar escuchando el absoluto silencio. Como la lectura se toma superflua, una vez que el Espíritu se posesionó del hombre, la plegaria no necesita más de palabras.”

Hay otros místicos, tanto de Oriente como de Occidente, que vivieron y describieron a su manera esa Presencia de Dios. Con estas letras, sin embargo, no he pretendido en ningún momento compararme con ellos. No son sino mis propias vivencias, presentadas hoy por si pueden servir a que otros busquen la suya propia.

Antes de terminar, me gustaría dar un consejo para la lectura de este libro de prosa poética espiritual: con cada verso o línea que les llegue, cierren los ojos durante un minuto y sonrían desde el corazón. [Ángel F. Sánchez Escobar]

BIOGRAFÍA

Ángel F. Sánchez Escobar, nacido el 21 de noviembre de 1951, se licenció en Filología Hispánica y Filología Anglogermánica en la Universidad de Sevilla, su ciudad natal. Completó estudios de Master en Literatura Hispanoamericana, Master en Pedagogía y Doctorado en Didáctica del Inglés en Vanderbilt University (Nashville, Estados Unidos), donde fue profesor de español durante seis años. Al regresar a España consiguió dos nuevos doctorados en la Universidad de Sevilla, uno en Filología Inglesa (gracia a sus estudios de Vanderbilt) y, otro, en Literatura Española. Tiene también un Doctorado en Teología de St. Stephen Harding Theological College and Seminary (Winston-Salem, North Carolina, EE.UU) y otros muchos estudios teológicos.

Ha realizado numerosas publicaciones tanto en el campo de la lengua y la literatura como en el religioso y el creativo, en este último con poemarios como *La gaviota fosfórica* (Gallo de Vidrio, 1993), *Tiempo circular* (Semíramis, 2000), *El último cielo de otoño* (Universidad de Sevilla, 2004) y *Sin lunas ni mares de cartón* (Universidad de Sevilla, 2007), obra en la que incluye otro poemario suyo escrito en Inglaterra en 1975: *Triste figura andante*. En el campo de la narrativa testimonial ha publicado las novelas cortas *El don de la serenidad de un alcohólico anónimo* (Monlor y Gey Editores, Primera Persona, 2003) y *Un puente*

sobre *Elohim* (Universidad de Sevilla, 2007). Ha escrito también relatos cortos como "Un poeta en el zen".

Ángel fue ordenado *Interfaith Minister* en New York, Estados Unidos (2004), presbítero en Kiev, Ucrania (2005) y consagrado obispo en Sudáfrica (2007).



I

Hoy he querido llevarte a esos lugares que tanto te van a recordar al Paraíso, lugares preferidos por mí, donde mi pensamiento se deja, perdido en la infinitud temporal, modelar por tus dedos divinos.

Fíjate en el mar.

Cualquier realidad virtual, de esas que estamos tan acostumbrados ya en la tierra, se quedaría en pañales: parece raramente dibujado, extrañamente plasmado en una fotografía. Está tranquilo como un arroyo fresco de montaña, ensimismado.

Estamos viendo un atardecer en el Atlántico. Cada día es sobrecogedoramente bello y diferente en esta parte del mundo.

Observa cómo, inusualmente tranquilo, ese trecho de mar se deja acariciar por los últimos rayos del sol, dulcemente amarillos y anaranjados. ¿No te parece a ti que disfruta como el perrillo al que su amo acaricia después de todo un largo día?

Esos rayos se tornan verdes, un verde sereno, que da paso a la oscuridad amable que ya nos va rodeando.



II

Aquí medimos los días por horas, 24 horas. No hay tiempo para casi nada. Pero, ya ves, para mí una hora, después de la lucha diaria —que te iré contando—, representa una eternidad en tu presencia. Sé que en tu Paraíso un día son mil de nuestros años; pero, no creas, en la tierra, una vivencia se multiplica a veces también por mil cuando se sabe disfrutar de ella.

Quiero que me conozcas.

Yo hablaré y hablaré de estas cosas que los mortales suelen hablar y te escucharé cuando mis oídos se acostumbren al silencio. Imagino que en tu lengua, una palabra puede equivaler a millones de conceptos; en la mía, una palabra te puede evocar muchas imágenes...

Compruébalo.

Para terminar el día, déjate acariciar por la palabra mar, mar, mar, y evoca en mi alma el reflejo de ese mar del Paraíso que tanto anhelo. Vuelve si quieres a él cuando yo esté durmiendo y contéplalo desde tu perspectiva humanamente divina e irás entendiendo, comprendiendo un poquito más, mi personalidad infinitamente humana.



III

Si pudiera traspasar esta noche y perderme en la inmensidad de tu abrazo de espíritu, me conocerías un poco más, conocerías esa parte soñadora de mí.

Llueve un poco esta noche –para mí la lluvia, como el mar, tiene algo de magia–.

Desde mi ventana se ven las luces de un barco solitario, luces indecisas con ganas de terminar la faena para volver a casa.

Así me encuentro yo a veces, amasando lluvia de estrellas silenciosas, esperando la vuelta a casa, de donde salí hace muchos millones de años en tus recuerdos de la tierra.

Sólo mis deseos de serena perfección pueden desviar la soledad compartida contigo, espíritu amigo, amigo espíritu que sabes modelar mi pequeña alma con la caricia cada vez más humana —y más divina— de tus dedos de viento.



IV

En este silencio racheado de otoño, se deja oír tu voz, fragmentada, entre murmullos de viento.

En estos silencios de alma —aún finita— sobrecogida por ausencias, nostálgicamente apartada, escucho, con la tenue palidez de la tarde que se desvanece, un susurro a mis oídos materiales, una brisa hecha círculo, una respiración cósmica...

Me recojo en mí, esperando ese silencio acompañado, la luz de una mirada de lluvia que modele la mía, como un horizonte besado de nubes, el abrazo de lo infinito a lo finito

Hoy necesito de ti, que tu mente se haga infinitamente humana para que puedas comprender cómo me siento.

Te prometo que la mía se hará finitamente divina para saber cómo te sientes.



V

Abriga mi finitud con tu infinitud divina, efunde sobre mí el recuerdo de tu eternidad pasada y futura, que yo te daré mi poesía, el recuerdo siempre presente, la finitud más infinita de mi vida.

Hoy he sentido la soledad milenaria de tu presencia enredándose en mi pensamiento, haciéndose una con la mía.



VI

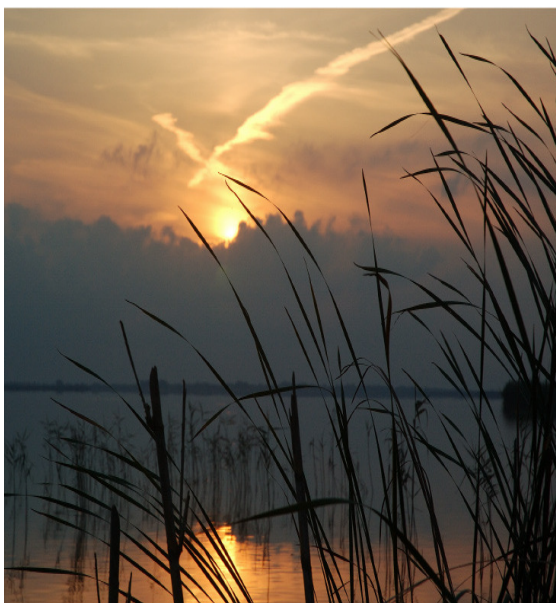
Cuando pienso en Ti, se me llena el alma de gloria,
y me hago, en tu voluntad, espíritu risueño de
golondrinas de mar.



VII

Te siento en lo más profundo de mí, en esa playa que se me ha hecho grande en el corazón, para dejarte jugar con la arena y dejarme arrullar con tus olas amigas.

Así, cobijado en la brisa perenne de tu sonrisa, me deleito en la emoción de tu divino afecto.



VIII

Mi alma se bambolea con tu brisa y se hace aire
para ser una contigo en tu fragancia marina.

Hoy siento tu voz y tu atardecer en el mar soñado
de diciembre.



IX

En el maremágnun de mi espíritu de hombre, te busco en tu calma soleada, para dejarme acariciar por las caracolas de tu sonrisa.



X

Amanece tranquilo tras muchos días de nubarrones.

Con los ojos cerrados me dejo abrazar por tu luz hecha llovizna fresca.



XI

Resplandéceme en esta hora baja.
Vivifica las orillas de mi alma para que siga
engrandeciéndose en ti.

Hazme tuyo en el espíritu de colores que invade
este claro amanecer de febrero.

Sopla en mí el aire templado, acariciante de los
melocotoneros en flor.



XII

Cierro los ojos. Levanto mis brazos al cielo buscándote en la distancia interior —mente y corazón, corazón y mente—.

Mi respiración se hace una con la tuya infinita, y ambos recorreremos un inmenso mar interior en la interminable aventura de conocernos.



XIII

Lloviznea en el mar de enero –de nuevo la lluvia me habla de ti–.

Algunas gaviotas se han posado sobre una duna marina, aguantando como pueden la marea.

Otras vuelan altas; se bambolean con la brisa fría del amanecer, inconscientes al invierno y a los nubarrones.

Así deseo encontrarme yo para dejarme guiar por ti sobre estos pinos perennes, que miran a la inmensa playa de tu silencio.

–La brisa se ha encaprichado con mis oídos–.



XIV

Resucita conmigo.

Elévame sobre el viento frío.

Llévame hasta las riveras soleadas, hasta los miles de lagos de agua dulce de la Nueva Jerusalén.



XV

Llueve esta mañana extraña de paz y desasosiego.
No he abierto el paraguas para dejarme empapar
de ti –alma y cuerpo, cuerpo y alma–.

Te llamo a cada gota que rebota suave sobre el
asfalto y creo sentirte en el fragor temprano de
coches y vendedores ambulantes.

Abro el paraguas, como los demás transeúntes.
Recojo mi palabra y me dejo invadir de los ruidos
que cruzan la lluvia ajenos a ti.

Me dispongo a lo mío. Ojalá que mis alumnos
vieran en mi mirada un poco de la tuya.



XVI

Abrigando tu imagen en la caída de la noche,
deseando el sentir unísono contigo, en este mar
urbano de luces ruidosamente blancas.

Una inmensa luna ha surgido de los edificios.
Camino despacio, dejándome llevar de tu siempre
sonrisa amiga...

He perdido el último autobús nocturno. Volveré a
casa caminando, recreándome en tu pensamiento,
en el invisible sosiego de tus sentidos.



XVII

Que el sol bajo, madrugador, se abra sobre mis ojos, mi nariz, mi boca, mis oídos de hombre, y que el viento fresco —que se resiste a la primavera— me limpie de angustias, ansiedades, batallas perdidas, ensoñaciones rotas...

Es que anhelo acurrucarme en tu luz melosa, en tu perfume de dunas eternas, en tu aroma de pinos jóvenes, en el ronroneo de olas de tu silencio.

Es que quiero la tierna paz de tu pensamiento amigo.



XVIII

“Un año ya”

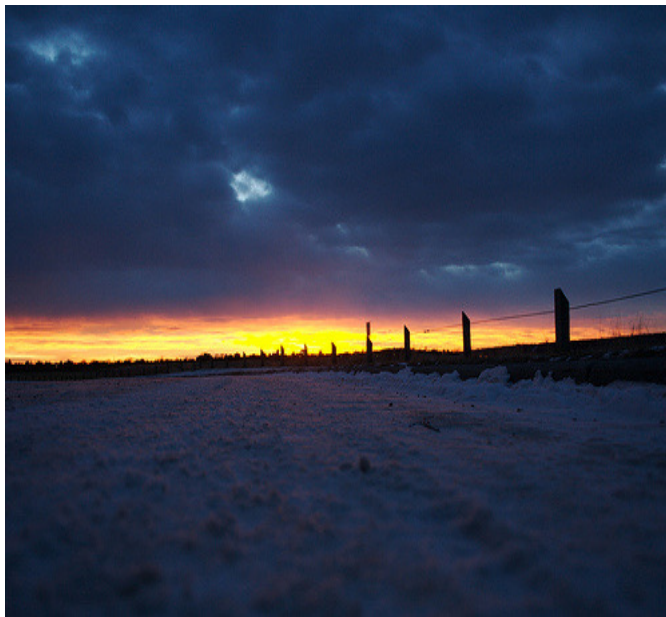
Si te vas, cuando yo duerma, dile que la recuerdo,
que llevo su brisa fresca, que sin ella, me envuelvo
en mí, con la mirada puesta en la lluvia, en el mar
que tanto anhelaba.

Dile que todavía espero su vuelta doblando la
esquina, arrastrando su dolor y su alegría, su voz
fuerte, su mirada clara.

Cuéntale que paso por su puerta creyendo que su
sonrisa de madre se ha quedado grabada en algún
lugar del barrio, de su barrio.

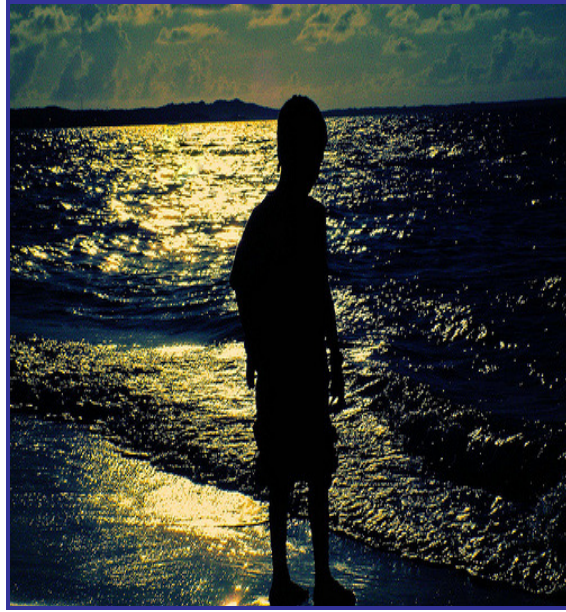
Cuéntale que he ido de noche para pasar por su
balcón —sabiendo que no está— para sentirme
cerca de ella, y que mi alma, peregrina desde su
ida, está anhelante por volver a verla,

Si te vas, cuando yo duerma, dile que no me
olvide, que esté allí contigo al despertarme de mi
sueño de la tierra, cuéntale cómo la quiero.



XIX

Si no me conocieras,
si no deseara yo conocerte tanto,
el mundo se hundiría en mi interior,
la luna grande blanca se saldría de su órbita,
el viento huracanado de levante barrería las dunas,
desgajaría los pinos,
y mi alma, mi pobre alma,
se quedaría helada, sola.



XX

Aquel día mi alma se estremeció,
mi pequeño cuerpo se desprendió de la noche,
y me quedé embelesado mirando el tintineo azul y
verde de aquel mar infantil.

Ese día sentí tu llegada a mi mente.
Allí te hiciste soplo de estrella y te quedaste
anclado en mí, y yo quedé anclado en ti,
finitud e infinitud unidas
en un mismo corazón.



XXI

Es tan pobre el lenguaje humano,
que pronto se me agotarán las palabras, se me
gastarán las imágenes.

Entonces, reposaré en tu silencio, en tu silencio
vivo.



XXII

Hoy no puedo pensar en ti.
Mi mente pinta escenarios oscuros que nunca
llegan –el sol se desdibuja en el azul
increíblemente claro del cielo–.

Mientras camino,
me balanceo en el perfume de los azahares
urbanos –que todavía conviven con las naranjas
viejas–
para encontrarte.



XXIII

Cuando te pienso y te siento, mis palabras —de verso y verdad—, despliegan sus alas, y se lanzan a volar como llevadas de un viento invisible.

Surcan los árboles más altos, alcanzan el techo imposible de las águilas, y se dejan abrazar por los ángeles.

Y hechas oración pura del alma, aventureras jóvenes del tiempo y el espacio, se dirigen a su lugar ansiado de destino, a la absoluta belleza y bondad del que te envió.

—Hoy llueve primavera sobre la ciudad. —



XXIV

—Tanto, tanto dolor...—

Hazme llegar todo el dolor del mundo —como sé que tú lo sientes—, embárgame del sufrimiento, del hambre, de la pobreza, repárteme contigo en el frío, en la enfermedad, en la incomprensión.

Déjame llorar de impotencia, de desolación, de pesar ante los mares secos de la aflicción, ante los montes helados del desamparo.

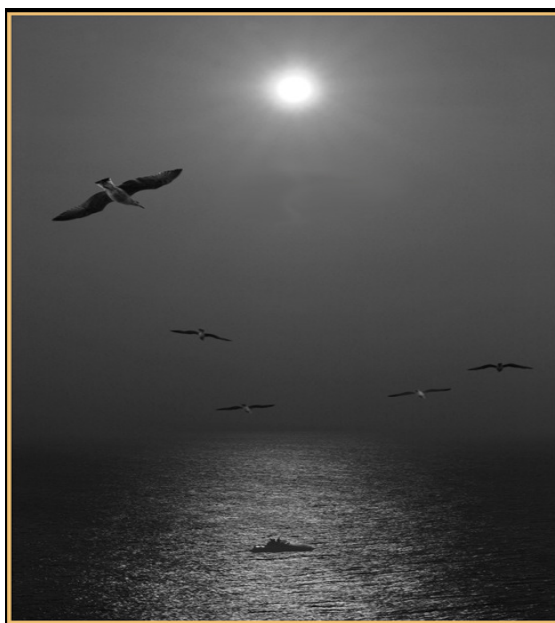
Pero luego dame –dales– tu quietud, tu guía, el despertar de tu tierna sonrisa de Padre, en un nuevo credo, cristalino, abierto a la dulzura, a la esperanza, al lago fiel que sortea su camino entre montañas...



XXV

A medida que mi alma y mi mente se engrandecen en tu divinidad, tú, espíritu puro, te adentras en mi humanidad, y ambos renacemos en filiación con Dios y con el hombre.

Mariposa y crisálida –crisálida y mariposa– fundidas en un mismo sueño de eternidad.



XXVI

Como las incansables gaviotas que siguen a los barcos de pesca, así te sobrevuelo yo, buscando, siempre buscando tu callado aliento.



XXVII

Cuando despierte en las lejanas arenas blancas de la eternidad, recógeme de las alas del ángel que me lleva y abrázame. Efunde sobre mí, alma y mente hechas ya tuyas y mías para siempre.

Así, compartiendo una brizna de tu divinidad, veremos juntos las lunas más brillantes, los amaneceres más esplendorosos, los ocasos más dulces.

Y seré el arrullo de tu voz, la brisa fresca de tu sonrisa, el claro mar de tu mirada.

Si no despierto, no te olvides de entregar una copia de estas palabras al Padre y déjame dormir en su misericordia.

Pero recuérdame, recuérdame, cada vez que la
noche se haga lluvia sobre mi ciudad.



Final

De madrugada, apurando las últimas líneas de este diario, me abstraigo de la noche para acercarme más a ti, Espíritu Interior, y vivir y permanecer en ti como tú vives y permaneces en mí.

Y respiro una oración siempre nueva de fe, de agradecimiento, por estar ahí, por mostrarme el camino a la Verdad, por abrir mis sentidos a la Belleza, por hacerme permeable a la Bondad.

Mis párpados se cierran y a medida que los paisajes evocativos se hacen translúcidos, mis letras se asientan bajo la almohada y se transforman en palomas blancas mensajeras buscando la aurora.